# El vuelo de las golondrinas

Alejandro Medina

Image not found.

# Capítulo 1

El semáforo está en rojo. Gente variopinta se aglomera en la esquina esperando la luz verde para continuar su marcha. Una mujer de mediana edad lleva un niño tomado de la mano, quien con lloriqueos solicita a su madre le compre una paleta de caramelo; el rostro de la mujer luce sombrío de hartazgo. Un hombre trajeado envía mensajes de texto febrilmente: quizá se encuentre a la mitad de una severa negociación o esté peleándose con su amante, cualquiera de las dos posibilidades es factible. Un par de jóvenes comentan con entusiasmo el último lanzamiento de su videojuego favorito. Belgrano se encuentra en medio de esa pequeña multitud; espera sin gravedad el cambio de luz del semáforo. La gente que lo rodea lo tiene sin cuidado, sólo piensa en llegar con puntualidad a su cita. Observa su reloj: falta media hora para su encuentro, lleva tiempo de sobra. Un hombre a su lado derecho sostiene una álgida conversación telefónica con su interlocutor; Belgrano no puede evitar escuchar una frase demoledora pronunciada por el hombre:

—Yo, por dinero, soy capaz de todo, incluso dejarme engañar.

La luz verde dispersa rápidamente al pequeño grupo, y Belgrano mira al tipo de la frase alejarse con paso cínico. Piensa: ojalá yo pudiera vivir así, sin darle tanta importancia a las cosas.

A pesar de la intensidad del sol, a la sombra se siente un aire bastante templado; lleva el cuello de su abrigo alzado y las manos metidas en los bolsillos. Ralentiza el paso sólo para quemar un poco de tiempo. Últimamente los domingos se parecen a cualquier día, o es que tal vez todo empieza a serle indiferente. Pero la idea de desinteresarse por completo de todo le asusta; él no es así, nunca ha sido así; siempre hay algo a lo que asirse, y piensa en *La herida de París*, irremediablemente.

Entra en un estanquillo. Un hombre con gesto abúlico que atiende el negocio hace de lado el periódico que está leyendo. Belgrano echa un vistazo al mostrador de cigarros: un paquete de Winston, dice, y el tendero despacha con suma rapidez el pedido. De nuevo en la vereda, Belgrano enciende un cigarrillo y reemprende la marcha echando largas bocanadas de humo. Fumar es lo único que le sale bien en los últimos tiempos, aunque una leve sensación de carraspera comienza a inquietarle. Mira en su derredor: las personas son felices, o al menos aparentan serlo. Recuerda que no hace mucho tiempo él también conoció esa cara de la moneda, mas ahora todo está enrarecido.

Al otro lado de la vereda descubre con sorpresa la fachada de la casona de la señora Sheffield. Consulta nuevamente su reloj: quince minutos antes de la hora programada. Guarda la colilla en el paquete recién estrenado y cruza la calle. Se detiene ante la puerta, y antes de tocar el timbre,

contempla sin emoción el frente descuidado, con su color beige deslavado por el sol, los barrotes que protegen las ventanas oxidándose en los extremos, y los vidrios percudidos por tanto polvo sin remover. Llama al timbre en dos ocasiones. Tras el rechinar de las bisagras, la vista al interior queda recortada en el umbral por la figura de la ama de llaves —una mujer apenas mayor de edad que la dueña de la casa— quien examina a Belgrano de pies a cabeza.

—Diga.

—Buenas tardes —dice Belgrano un poco dubitativo—. Busco a la señora Sheffield. Estoy citado con ella a las cuatro en punto de la tarde.

—¿Quién la busca?

—Belgrano. Dígale que soy Belgrano, nomás.

—Permítame un momento, señor. Voy a avisar a la señora.

—Bien.

Luego de que la ama de llaves cierra la puerta Belgrano gira hacia la calle y contempla el paisaje. A pesar de su edad, sigue sorprendiéndole que las actividades en domingo mueran abruptamente apenas las manecillas del reloj marcan las cuatro de la tarde. Y también por su edad, le desquicia que lo llamen *señor*, aunque se trate de una mera formalidad.

La puerta se abre nuevamente y nuevamente aparece la ama de llaves, que invita a pasar a Belgrano. Sígame, le dice luego de cerrar la puerta, y suben por las escaleras al primer piso de la casa. El interior luce muy distinto de la fachada: todo bien ordenado, todo muy limpio. La ama de llaves abre la segunda puerta del pasillo, que da a la biblioteca.

—Espere aquí, señor, en un momento la señora Sheffield viene a reunirse con usted. ¿Puedo ofrecerle algo de beber?

—Estoy bien así. Se lo agradezco de todas formas.

—Entonces, con su permiso, me retiro.

Se queda Belgrano en mitad de la habitación. Un ligero aroma a tiempo transcurrido se desprende desde todos los rincones: del librero, de las decenas de volúmenes avejentados; del secreter apostado a un lado de la ventana que da a la calle; del prominente escritorio intacto al correr de los días; de las sillas tapizadas de terciopelo y del reposet de piel genuina donde el señor Sheffield solía pasar largas horas consultando libros de

Derecho y Literatura Clásica.

Se escucha el accionar de la cerradura. Por la puerta entra la señora Sheffield, elegante. Viste unos pescadores negros y una blusa roja con los brazos arremangados. Unos lentes de pasta de carey estilizan aún más las facciones afiladas de su rostro. Su cabello luce un color blanco ambarino, como resistiéndose al paso de los años.

—Joven Belgrano, ¿cómo está usted?

Lleva en la mano un sobre amarillo que deposita en el secreter. Belgrano la mira entre hipnotizado y admirado. La gracia de sus pasos no indican los sesenta y cinco años que lleva a cuesta.

—¿Ya le han ofrecido algo de beber?

—Sí, señora Sheffield. Así estoy bien por el momento.

—Muy bien. Permítame un momentito más, enseguida vuelvo con usted. No tardo.

Sale sin cerrar la puerta. Belgrano se queda mirando fijamente el sobre que la señora dejó en el secreter. Ahí está mi salvación, se dice para sí. Por un momento, el olor a viejo desprendido por el mobiliario cede terreno a un tenue aroma floral emanado de la anfitriona.

Vuelve la señora Sheffield y cierra la puerta, toma el sobre y lo lleva al escritorio.

—Por favor, tome asiento —dice.

Belgrano obedece como un autómata. De pronto las manos le sudan y siente un ligero temblor en las piernas. Están sentados frente a frente. Belgrano se siente estúpidamente infantil.

—Me alegro mucho de volver a verle —dice la señora Sheffield—. Ha pasado ya bastante tiempo desde la última vez que nos vimos, ¿no es así?

— Bueno, sí. Pero tengo entendido que mi padre mantiene contacto con usted.

—Por supuesto, aun a pesar de todo lo acontecido. Son muchos años de amistad. Tanto a su padre como a su señora madre les guardo una altísima estima, y es por esa amistad que usted y yo estamos aquí, sentados.

—Y se lo agradezco, aunque yo ya no tenga más relación ni contacto con mi padre.

—Lo sé, y no le pido explicaciones. Eso es muy de ustedes; yo no soy quién para meterme en lo que no me importa. Yo, y mi esposo, en vida, siempre los hemos apreciado por igual.

—Gracias, señora Sheffield.

—¿Le pasa algo, joven Belgrano? Lo noto un poco ansioso.

—¡Ay, qué pena! Sí, estoy un poco nervioso. Usted sabe: es la primera vez que estoy en esta casa, solo.

—¿Necesita un calmante?

—No, no. Sólo si me permite fumar.

—¡Cómo no! ¿Quiere que le mande traer un puro?

—Oh, no se moleste. Compré un paquete de cigarros en un estanquillo de aquí cerca.

—Ya veo. Déjeme buscar un cenicero por aquí, de los que utilizaba de vez en cuando mi esposo.

Se levanta de su asiento y rodea el escritorio. Busca cajón por cajón hasta encontrar uno de porcelana con unas gerberas dibujadas a mano. Coge un pañuelo desechable y lo limpia hasta eliminar la última partícula de polvo. Rodea nuevamente el escritorio, deposita el cenicero a un costado de su invitado y toma asiento.

—Gracias —dice Belgrano. Un ligero temblor en sus dedos le impide sacar con agilidad un cigarrillo del paquete.

—¿Necesita mechero?

—No se preocupe. También compré una cajita de fósforos.

—Quién me lo iba a decir: aquel niño que corría por toda esta casa junto a mi hija, hoy convertido en un hombre fumador.

—Las vueltas que da la vida, ¿no? ¡Pero qué despistado soy! ¿Le ofrezco un cigarro?

—Gracias, joven Belgrano. No fumo.

—Entonces le molesta que…

—No se fije. Tantos años de soportar el olor de la pipa que fumaba mi esposo, que esto me parece muy suave.

Después de un par de largas bocanadas, el semblante de Belgrano consigue serenarse y se reacomoda en su asiento, en una posición más erguida.

—¿Se siente mejor?

—Mucho mejor. Ahora que mencionó a su hija, dígame, ¿cómo está ella?

—Ella está muy bien. Sí sabe que se fue a trabajar a los Estados Unidos contratada por uno de los bufetes más prestigiosos de allá, ¿cierto?

—Por eso mismo lo preguntaba. ¿Viene seguido a verla?

—Al principio sí. Últimamente tiene mucho trabajo y nos comunicamos sólo por llamadas telefónicas. El año pasado no pudo venir ni en navidad ni en año nuevo, y este verano que pasó tampoco pudo venir. La extraño mucho.

—Perdóneme, señora Sheffield. No era mi intención entristecerla.

—Oh, no, no diga eso, joven Belgrano. Si cuando la recuerdo me pongo muy feliz. Aunque aquí casi ya no se estila, ella me manda postales de los lugares a los que viaja por su trabajo, sobre todo ciudades de la Costa Este. ¡Qué lugares tan preciosos! Y, mire, le voy a confiar algo que a nadie más le he dicho: a partir del día de Acción de Gracias me voy a Nueva York a vivir una temporada con ella.

—Qué buena noticia, señora Sheffield, qué buena noticia.

Belgrano aplasta la colilla del cigarro con desgana y se queda mirando el cenicero. La señora Sheffield, sentada con la pierna cruzada y las manos entrelazadas apoyadas en la rodilla alzada, prodiga una mirada maternal a su acompañante. Está por decir algo en el momento en que se escuchan tres leves golpes en la puerta; el ama de llaves entra cargando una charola de plata ocupada por una jarra de cristal cortado con agua natural y un par de vasos; deposita la charola sobre el escritorio y se retira discretamente. La señora Sheffield vuelve la mirada a su invitado, que continúa inmerso en sí mismo.

—A usted le está ocurriendo algo, joven Belgrano, ¿quiere contarme? ¿Le sirvo agua?

Belgrano asiente con la cabeza. Busca en los bolsillos de su abrigo hasta encontrar el paquete de cigarros. Una larguísima bocanada sale expulsada por su nariz y boca; bebe un poco de agua y cruza la pierna. La señora Sheffield no se inquieta, espera tierna y pacientemente.

—¿Puedo expresarme como siento que me tengo que expresar?

—Sabe que, por mí, no hay ningún problema en que se exprese como le dé la gana.

—Se lo agradezco —vuelve a calar el cigarro, pero el humo expulsado es ahora poco—. Básicamente, en estas últimas semanas todo en mi vida está yéndose a la mierda. Me quedé sin empleo; están por echarme del departamento que alquilo; debo dinero por todos lados, y por lo mismo no puedo ir a Guadalajara a ver a mi madre, que desde que pasó lo que pasó se fue a vivir allá con una de mis tías; con mi padre no cuento, y aunque sí lo hiciera, con todo lo sucedido no quiero volver a verlo en mi vida. Y, para rematar, tuve una muy seria discusión con mi pareja y nos dejamos. Estoy empezando a cansarme muy rápido de todo, y eso me asusta. Por eso, si ese sobre contiene lo que me imagino, servirá para solucionar algunas cosas, y también para poder visitar a mi madre, porque como le sucede a usted con su hija, la extraño mucho.

Cuando la señora Sheffield se da cuenta de que Belgrano ya no va a decir nada más se quita los lentes, los pone encima del escritorio, bebe un poco de agua y se pone de pie. Con pasos cortos se dirige hacia la ventana, la abre de par en par y contempla la calle. Un par de golondrinas cantan posadas en los cables que conectan las líneas telefónicas. Las observa cruzada de brazos, mientras Belgrano consume lo último que queda de tabaco en su cigarro.

—Las personas estamos hechas de recuerdos —dice de pronto la señora Sheffield sin dejar de mirar la calle—. Hay recuerdos que son de presencia más vívida que otros. ¿Qué es lo que recuerda con más intensidad, joven Belgrano? Cuando era niña, en una ocasión me tocó ver morir a una golondrina en una forma trágica. ¿Sabe cómo ocurrió? Un día de Año Nuevo mi padre nos llevó a mis hermanos y a mí a un parque. Teníamos sed. Fuimos a una tienda a comprar bebidas. Estábamos parados en una esquina esperando cruzar la calle, cuando vi que un par de golondrinas volaban casi a ras de suelo; creo que iban cortejándose. Su velocidad era muy baja. Apareció de pronto un camión de volteo rebasando el límite de velocidad y dio rápido alcance a la parejita de aves. Una de ellas se percató del peligro y elevó su vuelo, la otra tardó en reparar la llegada del bólido y quedó debajo de éste. Yo pensé que por la variación en las velocidades el pajarillo saldría ileso, pero cuando el camión desapareció la pobre golondrina yacía sobre el pavimento con las alas extendidas, probablemente se enredó con alguna pieza mecánica giratoria que después de atraparla la escupió. Esa imagen me traumó por mucho

tiempo, hoy es sólo una triste anécdota.

Belgrano permanece con la pierna cruzada, fumando. En su cara se dibuja un gesto de incredulidad, sin entender el significado de lo que acaba de escuchar.

—¿Por qué me cuenta eso, señora Sheffield? Es que no entiendo la relación entre lo que acaba de decir y lo que he dicho yo.

—Si se empeña en siempre encontrar el signo o el significado de todo, vivirá amargado y atormentado. Lo único que intento decirle es que no vuele tan bajo, joven Belgrano, o terminará arrollado como la golondrina que le acabo de referir. Usted ha recurrido a mí porque sabía que yo sería la única persona capaz de ayudarlo sin poner excusas, porque yo sí creo en usted. Lo conozco desde que su madre lo traía en brazos a esta casa, entonces sé de sus capacidades. También sé que el dinero que voy a prestarle no me lo va a pagar, pero, ¿sabe?, a mí el dinero a estas alturas de mi vida me importa muy poco. Lo importante ahora mismo es verlo a usted bien, que viva bien. Y eso no es todo. Hay algo más.

Por primera vez en el día Belgrano deja su expresión de autómata y pone atención en la figura a contraluz de la señora Sheffield.

—¿De qué se trata?

—¿Recuerda que le dije que me voy a los Estados Unidos a vivir con mi hija por un tiempo?

—Sí.

—Puede ser que me vaya por uno, tres o seis meses, o uno o cinco años. No lo sé. El caso es que después del día de Acción de Gracias puede venir usted a instalarse en esta casa. Puede vivir aquí el tiempo que necesite sin pagarme un solo peso de alquiler. Y cuando vuelva, si es que acaso vuelvo, entonces veremos cómo nos arreglamos, pero usted se queda a vivir aquí.

Belgrano medita un tiempo mirando el cenicero.

—Sin tratar de ofenderla, ¿puedo preguntar el porqué de todo esto?

La señora Sheffield regresa a su asiento. La limpidez en su mirada trasluce una verdad que el mismo Belgrano jamás ha visto en otros ojos, excepto los de su madre.

—Son tantos años de amistad entre nuestras familias. Es lo mínimo que puedo hacer por usted, joven Belgrano. Con este dinero pague lo que tenga que pagar, vaya a ver a su madre, y luego viene a instalarse en

esta casa, ¿le parece?

—Qué puedo decirle, señora Sheffield. No se ofenda, pero me cuesta creerlo.

—Pues que no le cueste tanto y ponga manos a la obra desde ya. Yo sé que con su potencial encontrará pronto un empleo. Y por el dinero, ya se lo dije, es lo de menos. Si puede devolvérmelo, bien, y si no, que tampoco importa. Es más importante que ya no sienta usted que todo lo que toca le sale mal.

Permanecen un rato más platicando. El ama de llaves ha llenado de agua una vez más la jarra. Detrás de la ventana, el cielo crepuscular se ha teñido de tonalidades violáceas y rojizas. Belgrano consulta su reloj.

—Ya se ha hecho tarde —dice—. Tengo que retirarme, si es que no dispone otra cosa, señora Sheffield.

Ambos se levantan al mismo tiempo. Belgrano coge el sobre del escritorio y lo guarda en el bolsillo interior de su abrigo.

—Lo acompaño hasta la salida —dice la señora Sheffield.

El alumbrado público comienza a iluminar paulatinamente las calles. Las copas de los árboles se mecen al ritmo de un viento muy leve. Las veredas están vacías y pocos automóviles circulan a esta hora.

—Dele recuerdos a su madre cuando vaya a visitarla —dice la señora Sheffield protegiéndose del aire fresco con los brazos cruzados.

—De su parte y con mucho cariño. Y lo mismo le pido a usted cuando vea a su hija.

—Así lo haré.

Antes de partir, Belgrano toma las manos de la señora Sheffield y las besa. En correspondencia, ella le arregla el cuello del abrigo y le acaricia el cabello.

—Cuídese mucho, Belgrano. Y no lo olvide: ésta es su casa.

Belgrano comienza a caminar hacia el oriente, que ya luce la oscuridad de la noche, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo. Al llegar a una esquina saca un cigarro del paquete y comienza a fumar calmadamente, apreciando el sabor del tabaco rubio. Cruza la calle sin fijarse. Un auto frena en seco apenas a unos centímetros de su cuerpo.

—¡Por qué no te fijas, imbécil! —grita airada la conductora del carro.

—¡Para qué tienes luces si no las usas! —responde Belgrano.

La conductora se baja de su automóvil con toda la intención de reclamar al tipo que estuvo a nada de atropellar.

—¿Qué te pasa…?

La conductora deja a medias su reclamo tras de ver la cara del sujeto.

—¿Belgrano? Eres tú Belgrano, ¿no es así?

Belgrano examina el rostro de la conductora a la luz de las farolas.

—¿Aurora?

—¡Sí, la misma! ¡Qué milagro volver a verte!

Un auto de atrás empieza a sonar desesperadamente la bocina, reclamando la obstrucción de la vía.

—Súbete, en el camino seguimos platicando —dice Aurora.

Suben al auto y reemprenden la marcha. Doblan en una esquina tomando dirección hacia el sur y se pierden en medio de la creciente oscuridad.

Y es entonces que la vida vuelve a iniciar.